

A una señal convenida la caravana se pone en marcha. Caminan los coches ingrávidos y silenciosos, unos cuantos metros, cuando torciendo ligeramente se internan en una vía extraordinaria. Estamos recorriendo la *Autostrada*.

A través de los húmedos y verdes campos plantados de vides y moreras, se abre la calzada maravillosa que se bifurca en Laina, extendiendo sus dos brazos hacia Como y hacia Varese. Su piso está nivelado y lustroso como un salón; una valla adornada con anuncios y alegorías automovilistas limita a ambos lados; ni un camino, ni un cruce interrumpen el tráfico exclusivo de los automóviles. La marcha de nuestras *máquinas* es relativamente moderada, pero las que nos cruzan o nos adelantan pasan con la velocidad del proyectil. Ni un bache, ni un tropiezo, ni un átomo de polvo; no se puede llegar a perfección más acabada en la utilización del coche mecánico que ha transformado la moderna vida.

Saludamos la preciosa población de Soronno con sus filas de plátanos que conducen al santuario *della Beata Virgine*; dejamos atrás *Rovello*, *Cadorago* y *Uamerlata*, pueblecitos que resaltan con sus tejados rojos en la inmensa mancha de verdor; y a los cuarenta y seis kilómetros de este fantástico recorrido, la villa de Como, la antigua

